Contemporánea

ENRIQUE VILA-MATAS

Dublinesca

DEBOLSILLO

Contemporánea

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Enrique Vila-Matas (Barcelona 1948) es uno de los más destacados escritores europeos del momento y su obra ha sido traducida a 32 idiomas. Sus libros transitan con éxito por diferentes géneros, en los que siempre quedan patentes su estilo singular y su indisociable universo narrativo. De su trayectoria narrativa destacan *En un lugar solitario* (1973), *La asesina ilustrada* (1977), *Nunca voy al cine* (1982), *Impostura* (1984), *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), *Una casa para siempre* (1986), *Suicidios ejemplares* (1988), *Hijos sin hijos* (1993), *Recuerdos inventados* (1994), *Lejos de Veracruz* (1995), *Extraña forma de vida* (1997), *El viaje vertical* (1999), *Bartleby y compañía* (2000), *El mal de Montano* (2002), *París no se acaba nunca* (2004), *Doctor Pasavento* (2005), *Exploradores del abismo* (2007), *Dietario Voluble* (2008) y *Dublinesca* (2010).

Entre sus libros de ensayos literarios encontramos *El viajero más lento* (1992), *El traje de los domingos* (1995), *Para acabar con los números redondos* (1997), *Desde la ciudad nerviosa* (2000), *Aunque no entendamos nada* (2003), *El viento ligero en Parma* (2004), *Y Pasavento ya no estaba* (2007) y *Perder teorías* (2010).

Ha obtenido, entre otros galardones, el Premio Ciudad de Barcelona, el Premio Rómulo Gallegos, el Prix Paris Au Meilleur Livre Étranger (2001), el Premio Herralde (2002), el Premio Nacional de la Crítica en España, el Prix Fernando Aguirre-Libralire, el Prix Médicis-Étranger (2003), el Internazionale Ennio Flaiano (2005), el Premio de la Real Academia Española (2006), el Premio Fundación Lara (2006), el Premio Elsa Morante (2007), el Internazionale Mondello (2009). En 2010 recibió el X Premio Leteo por su «contribución a la innovación literaria» y en 2011, por su novela *Dublinesca*, recibió el segundo Prix Jean Carrière. Es «Chevalier» de la Legión de Honor francesa y pertenece a la irlandesa Orden de los Caballeros del Finnegans, en cuyo escudo reza el lema extraído de la última frase del sexto capítulo de *Ulises*, de Joyce: «Gracias. ¡Qué grandes estamos esta mañana!».

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Enrique Vila-Matas

Dublinesca

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Primera edición: marzo, 2011

© 2010, Enrique Vila-Matas
© 2010, Editorial Seix Barral, S. A.
© 2011, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9908-888-4
Depósito legal: B-2730-2011

Compuesto en Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Liberdúplex, S. L. U.
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

P 8 8 8 8 8 4

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

A Paula de Parma

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Mayo

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Pertenece a la cada vez ya más rara estirpe de los editores cultos, literarios. Y asiste todos los días conmovido al espectáculo de ver cómo la rama noble de su oficio —editores que todavía leen y a los que les ha atraído siempre la literatura— se va extinguiendo sigilosamente a comienzos de este siglo. Tuvo problemas hace dos años, pero supo cerrar a tiempo la editorial, que a fin de cuentas, aun habiendo alcanzado un notable prestigio, marchaba con asombrosa obstinación hacia la quiebra. En más de treinta años de trayectoria independiente hubo de todo, éxitos pero también grandes fracasos. La deriva de la etapa final la atribuye a su resistencia a publicar libros con las historias góticas de moda y demás zarandajas, y así olvida parte de la verdad: que nunca se distinguió por sus buenas gestiones económicas y que, además, tal vez pudo perjudicarle su fanatismo desmesurado por la literatura.

Samuel Riba —Riba para todo el mundo— ha publicado a muchos de los grandes escritores de su época. De algunos tan sólo un libro, pero lo suficiente para que éstos consten en su catálogo. A veces, aunque no ignora que en el sector honrado de su oficio quedan en activo algunos otros valerosos quijotes, le gusta verse como el último editor. Tiene una imagen algo romántica de sí mismo, y vive en una permanente sensación de fin de época y fin de mundo, sin duda influenciado por el parón de sus actividades. Tiene una notable tendencia a leer su vida como un texto literario, a interpretarla con

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

las deformaciones propias del lector empedernido que ha sido durante tantos años. Está, por lo demás, a la espera de vender su patrimonio a una editorial extranjera, pero las conversaciones se encuentran encalladas desde hace tiempo. Vive en una potente y angustiosa psicosis de final de todo. Y aún nada ni nadie ha podido convencerle de que envejecer tiene su gracia. ¿La tiene?

Ahora está de visita en casa de sus ancianos padres y los está mirando de arriba abajo, con curiosidad nada contenida. Ha ido a contarles cómo le fue en su reciente estancia en Lyon. Aparte de los miércoles —cita obligada—, es una vieja costumbre que vaya a verlos cuando regresa de algún viaje. En los dos últimos años, no le llega ni una décima parte de las invitaciones a viajar que recibía antes, pero ese detalle lo ha ocultado a sus padres, a los que también ha escondido que ha cerrado su editorial, ya que considera que tienen una edad demasiado avanzada para darles según qué disgustos y, además, está seguro de que no lo asimilarían nada bien.

Se alegra cada vez que le invitan a alguna parte, porque, entre otras cosas, eso le permite seguir desarrollando ante sus padres la ficción de sus múltiples actividades. A pesar de que pronto cumplirá sesenta años, tiene con ellos, como puede apreciarse, una fuerte dependencia, quizá porque no tiene hijos, y ellos, por su parte, sólo le tienen a él: hijo único. Ha llegado a viajar a lugares que no le apetecían demasiado, sólo para contarles después el viaje a sus padres y así mantenerles en la creencia —no leen periódicos ni ven televisión— de que sigue editando y sigue siendo reclamado en muchos lugares y, por tanto, las cosas continúan marchando muy bien para él. Pero eso no es para nada así. Si cuando era editor estaba acostumbrado a una gran actividad social, ahora apenas tiene alguna, por no decir ninguna. A la pérdida de tantas amistades falsas se ha unido la angustia que se ha apoderado de él desde que

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

hace dos años prescindió del alcohol. Es una angustia que procede tanto de su conciencia de que, sin beber, habría sido menos atrevido publicando como de su certeza de que su afición a la vida social era forzada, nada natural en él y quizá tan sólo provenía de su enfermizo temor al desorden y la soledad.

Nada marcha muy bien para él desde que corteja a la soledad. A pesar de que trata de que no caiga al vacío, su matrimonio más bien se tambalea, aunque no siempre, porque su relación de pareja pasa por los más variados estados y va de la euforia y el amor al odio y el desastre. Pero se siente cada día más inestable en todo y se ha vuelto gruñón y le disgusta la mayor parte de las cosas que ve a lo largo del día. Cosas de la edad, probablemente. Pero lo cierto es que empieza a estar incómodo en el mundo y cumplir sesenta años le produce la misma sensación que si tuviera una soga al cuello.

Sus ancianos padres escuchan siempre sus relatos de viajes con gran curiosidad y atención. A veces, hasta parecen dos réplicas exactas de Kublai Kan oyendo aquellas historias que contaba Marco Polo. Las visitas que siguen a algún viaje de su hijo parecen disfrutar de un rango especial, una categoría superior a las más monótonas y habituales de todos los miércoles. La de hoy tiene ese rango extraordinario. Sin embargo, algo raro está pasando, porque lleva un buen rato en la casa y todavía no ha sido capaz ni tan sólo de abordar el tema de Lyon. Y es que no les puede explicar nada de su paso por esa ciudad, porque allí estuvo tan desligado del mundo y su viaje fue tan salvajemente cerebral que no dispone de una sola anécdota mínimamente humana. Además, la realidad de lo que le sucedió allí es antipática. Ha sido un viaje frío, gélido, como esos trayectos hipnóticos que últimamente emprende tantas veces ante su ordenador.

—Así que has estado en Lyon —insiste su madre, ahora ya incluso algo inquieta.

Su padre ha comenzado lentamente a encender la pipa y le mira también con extrañeza, como preguntándose por qué

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

no cuenta nada de Lyon. Pero ¿qué puede decirles de su estancia en esa ciudad? No va a ponerse a hablar de la teoría general de la novela que fue capaz de fabricar él solo, allí en el hotel lionés. No les interesaría nada la historia de cómo elaboró esa teoría y, además, no cree que sepan muy bien qué puede ser una teoría literaria. Y, suponiendo que lo supieran, está seguro de que les aburriría profundamente el tema. Y hasta podrían llegar a descubrir que, tal como asegura Celia, anda demasiado aislado en los últimos tiempos, demasiado desconectado del mundo real y abducido por el ordenador o, en ausencia de éste —como le ha ocurrido en Lyon—, por sus viajes mentales.

En Lyon se dedicó a no ponerse nunca en contacto con Villa Fondebrider, la organización que le había invitado a dar la conferencia sobre la grave situación de la edición literaria en Europa. Tal vez porque ni en el aeropuerto ni en el hotel apareció alguien para recibirle, Riba, a modo de venganza por el menosprecio que le habían mostrado los organizadores, se encerró en su dormitorio del hotel de Lyon y logró allí realizar uno de sus sueños cuando editaba y no tenía tiempo para nada: redactar una teoría general de la novela.

Ha publicado a muchos autores importantes, pero sólo en el Julien Gracq de la novela *Le Rivage des Syrtes* ha percibido un espíritu de futuro. En su dormitorio de Lyon, a lo largo de un sinfín de horas de encierro, se dedicó a perpetrar una teoría general de la novela que, basándose en las enseñanzas que advirtiera desde un primer momento en *Le Rivage des Syrtes*, establecía los cinco elementos que consideraba imprescindibles en la novela del futuro. Esos elementos que consideraba esenciales eran: intertextualidad; conexiones con la alta poesía; conciencia de un paisaje moral en ruinas; ligera superioridad del estilo sobre la trama; la escritura vista como un reloj que avanza.

Era una teoría osada, puesto que proponía a la novela de Gracq, habitualmente considerada como anticuada, como la

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

más avanzada de todas. Llenó una multitud de hojas comentando los diversos elementos de esa propuesta de novela del futuro. Pero cuando hubo terminado su duro trabajo, se acordó del «sagrado instinto de no tener teorías» del que hablaba Pessoa, otro de sus autores favoritos y del que tuvo el honor en cierta ocasión de poder editar *La educación del estoico*. Se acordó de ese instinto y pensó en lo muy tontos que a veces eran los novelistas, y se acordó de varios escritores españoles a los que les había publicado historias que eran el producto ingenuo de educadas y extensas teorías. Qué pérdida de tiempo más grande, pensó Riba, hacerse con una teoría para escribir una novela. Ahora él podía decirlo con todo fundamento, pues acababa de escribir una.

Porque vamos a ver, pensó Riba, si uno tiene la teoría, ¿para qué quiere hacer la novela? Y en el momento mismo de preguntárselo y seguramente para no tener una sensación tan grande de haber perdido el tiempo, incluso de perderlo al preguntárselo, comprendió que haberse pasado tantas horas en el hotel escribiendo su teoría general le había en el fondo permitido desembarazarse de ella. ¿Acaso un hecho así era desdeñable? No, desde luego. Su teoría seguiría siendo lo que era, lúcida y osada, pero iba a destruirla tirándola a la papelera de su cuarto.

Celebró un secreto e íntimo funeral por su teoría y por todas las que en el mundo ha habido, y después abandonó la ciudad de Lyon sin haber contactado en momento alguno con quienes le habían invitado para hablar de la grave —quizá no tan grave, pensó durante todo el viaje Riba— situación de la edición literaria en Europa. Salió por la puerta falsa del hotel y regresó en tren a Barcelona, veinticuatro horas después de su llegada a Lyon. No dejó para los de Villa Fondebrider ni una carta justificando su invisibilidad en Lyon, o su extraña posterior huida. Comprendió que todo el viaje había servido sólo para poner en pie una teoría y luego celebrar un íntimo funeral por ella. Se fue con la convicción total de que todo

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

lo que había escrito y teorizado en torno a lo que tenía que ser una novela no había sido más que un acta levantada con el único propósito de librarse de su contenido. O, mejor dicho, un acta levantada con el propósito exclusivo de confirmar que lo mejor del mundo es viajar y perder teorías, perderlas todas.

—Así que has estado en Lyon —vuelve a la carga su madre.

Estamos a finales de este mayo de tiempo irregular, asombrosamente lluvioso para Barcelona. El día es frío, gris, triste. Por unos momentos, imagina que está en Nueva York, en una casa en la que se oye el tráfico en dirección al túnel Holland: ríos de coches volviendo al hogar después del trabajo. Es pura imaginación. Jamás oyó el ruido del túnel Holland. Pronto regresa a la realidad, a Barcelona y a su deprimente luz gris ceniza de hoy. Celia, su mujer, le espera en casa sobre las seis de la tarde. Todo va transcurriendo con cierta normalidad, salvo la inquietud que va apoderándose de sus padres al ver que su hijo no comenta absolutamente nada sobre Lyon.

Pero ¿qué les puede contar de lo que le pasó allí? ¿Qué les puede decir? ¿Que, como bien saben, no toma alcohol desde que hace dos años los maltratados riñones le llevaron a un hospital y que eso le ha postrado en un estado de sobriedad permanente que hace que a veces se dedique a actividades tan extravagantes como elaborar teorías literarias y a no salir de su cuarto de hotel ni siquiera para conocer a los que le han invitado? ¿Que en Lyon no habló con nadie y que, en definitiva, desde que dejara de editar, es lo que viene haciendo diariamente en Barcelona a lo largo de las muchas horas que pasa ante el ordenador? ¿Que lo que más lamenta y le entristece es haber dejado de editar sin haber descubierto a un autor desconocido que hubiera acabado revelándose como un escritor genial? ¿Que todavía está traumatizado por esa fatalidad in-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

herente a su antiguo oficio, esa fatalidad tan amarga de tener que buscar autores, esos seres tan enojosamente imprescindibles, ya que sin ellos no sería posible el tinglado? ¿Que en las últimas semanas tiene molestias en la rodilla derecha, que seguramente son originadas por el ácido úrico o por la artritis, suponiendo que sean cosas distintas una de la otra? ¿Que antes era dicharachero por el alcohol y que ahora se ha vuelto melancólico, que seguramente ha sido en realidad siempre su verdadero estado natural? ¿Qué les puede decir a sus padres? ¿Que todo se acaba?

La visita va transcurriendo con cierta monotonía y llegan incluso a acordarse, en parte a causa del tedio que domina la reunión, del ya lejano día de 1959 en el que el general Eisenhower se dignó visitar España y acabó con el aislamiento internacional del régimen del dictador Franco. Aquel día, su padre lo vivió con un entusiasmo desbordado, no a causa de la batalla diplomática ganada por el maldito general gallego, sino por el hecho de que los Estados Unidos, vencedores del nazismo, se hubieran aproximado por fin a la desahuciada España. Es uno de los primeros recuerdos importantes de su vida. De aquel día se acuerda sobre todo del momento en que su madre preguntó a su padre a qué venía tan «exagerado entusiasmo» por la visita del presidente norteamericano.

—¿Entusiasmo qué es? —preguntó el niño.

Se acordará siempre de los términos exactos de esa pregunta, porque —apocado como era a esa edad— es la primera que hizo en su vida. De la segunda pregunta de su vida también se acuerda, aunque no está tan seguro de cómo la formuló. Sabe, en todo caso, que estaba relacionada con su nombre, Samuel, y con lo que le habían dicho algunos profesores y niños en la escuela. Su padre le explicó que era judío sólo por parte de su madre y que como ella se había convertido al catolicismo meses después de que él naciera, debía tranquilizarse

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

—eso le dijo: tranquilizarse— y considerarse hijo de católicos, sin más.

Ahora su padre, como en las anteriores ocasiones en las que hablaron de aquella visita de Eisenhower, niega que se hubiera sentido tan entusiasmado aquel día, y dice que es un equívoco creado por su madre, que pensó que estaba exageradamente exaltado ante la visita del presidente americano. También niega que durante un tiempo su película preferida fuera *Alta sociedad* de Charles Walters, con Bing Crosby, Grace Kelly y Frank Sinatra. La vieron, por lo menos, tres veces, a finales de los años cincuenta, y recuerda que a su padre aquella película siempre le ponía de un humor excelente: le gustaba con locura todo lo que llegaba de los Estados Unidos; le fascinaba el cine y el *glamour* de las imágenes que llegaban de allí; le atraía la vida que seres humanos como ellos llevaban allí en aquel lugar que entonces parecía tan alejado como inaccesible. Y es muy posible que precisamente haya heredado de él, de su padre, esa fascinación por el Nuevo Mundo, por el encanto lejano de aquellos lugares que entonces parecían tan inalcanzables, quizá porque parecía que allí vivían las personas más felices de la tierra.

Hablan hoy de aquella visita de Eisenhower y de *Alta sociedad* y del desembarco de Normandía, pero su padre, una y otra vez, niega con obstinación que sintiera tanto entusiasmo. Cuando ya parece que, con tal de no encallarse en el tema, regresarán pronto sus padres a la cuestión de Lyon, cae la tarde con una gran y extraña rapidez en Barcelona, oscurece muy deprisa y acaba llegando una sorprendente tromba de agua, acompañada de gran aparato eléctrico. Cae justo en el momento en que se disponía a marcharse ya de la casa.

Estruendo espantoso de un solitario trueno. Cae el agua con desconocida rabia y fuerza sobre Barcelona. Le llega de pronto una sensación de encierro y al mismo tiempo de ser más que capaz de atravesar las paredes. En algún lugar, al margen de uno de sus pensamientos, descubre una oscuridad que

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

le cala los huesos. No le extraña demasiado, está acostumbrado a que esto pase en casa de sus padres. Lo más probable es que en esa oscuridad se haya aposentado, hace unos momentos, uno de los numerosos fantasmas húmedos —tranquilos fantasmas de algunos antepasados— que habitan este oscuro entresuelo.

Quiere olvidarse del espectro doméstico que le cala los huesos, y va hacia la ventana y ve entonces a un joven que sin paraguas y bajo la lluvia, plantado en medio mismo de la calle Aribau, parece estar espiando la casa. Puede que se trate de un fantasma superior. Y, en cualquiera de los casos, el joven es sin duda un fantasma del exterior, nada precisamente familiar. Intercambia con él un par de miradas. De aspecto que parece hindú, el joven lleva una chaqueta estilo Nehru, color azul eléctrico y botones dorados por toda la pechera. ¿Qué estará haciendo ahí y por qué viste así? Viendo que ha cambiado el semáforo y de nuevo suben por Aribau los coches, el desconocido termina de cruzar hasta la otra acera. ¿Es realmente una chaqueta estilo Nehru la que lleva? Tal vez sólo sea una americana a la moda, pero no está del todo claro. Únicamente alguien como él, que ha sido siempre tan atento lector de periódicos y que tiene ya una respetable edad, puede acordarse de personas como ese político de otros días, aquel hombre llamado Srî Pandit Jawâharlâl Nehru, líder indio del que hace cuarenta años se oía hablar mucho, y ahora nada.

Su padre de repente se revuelve en el sillón y, en un tono lúgubre, como si le estuviera consumiendo una febril melancolía, dice que le gustaría que alguien se lo explicara. Y lo repite dos veces, muy angustiado, jamás le había visto tan tenebroso: le gustaría que alguien se lo explicara.

—¿El qué, padre?

Cree Riba que se está refiriendo a los inmensos truenos, y con paciencia se pone a explicarle el origen y las causas de cier-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

tas tempestades. Pero pronto nota que suena ridículo lo que le dice y que, además, su padre le está mirando como a un estúpido. Hace una trágica pausa y la pausa se eterniza, ya no puede seguir hablando. Quizás ahora podría decidirse a contarles algo de Lyon. Incluso, tal como están las cosas, podría resultar oportuna una maniobra de distracción y que les hablara de la teoría literaria allí forjada y también que, inventando un poco, les dijera que escribió esa teoría en un papel de fumar y luego se la fumó. Sí, que les contara cosas así. O bien que, para enturbiarlo todo aún más, les hiciera esa pregunta que hace ya años que no les hace: «¿Por qué mamá se pasó a la religión católica? Necesito una explicación».

Sabe que es inútil, que no contestarán nunca a eso.

También podría hablarles de Julien Gracq y de aquel día en que fue a visitarlo y salió con el escritor al balcón de su casa de Sion y éste se dedicó a contemplar los rayos y, con especial atención, lo que llamaba *desencadenamiento de energía equivocada*.

Su padre interrumpe la larga pausa para decirle, con una sonrisa de suficiencia, que está perfectamente informado de la existencia de esas nubes altocúmulos y de todo lo demás, pero que en ningún momento ha querido que le contara cosas que ya aprendió en su lejana etapa de escolar.

Sigue un nuevo silencio, aún más largo esta vez. Pasa el tiempo con una lentitud extraordinaria. Mezclados con la lluvia y con el desencadenamiento de energía equivocada, se oyen a la perfección los latidos del reloj de pared que, cuando estaba en otro cuarto de esta casa, fue testigo de su nacimiento, muy pronto hará sesenta años. Están todos de repente casi inmóviles, casi tiesos, exageradamente adustos. Y, como de costumbre, nada exuberantes, muy catalanes, a la expectativa de no se sabe qué, pero esperando. Se han adentrado en la más tensa de todas las esperas de su vida, como esperando al trueno que tiene que llegar. Están los tres ahora de repente completamente inmóviles, más a la expectativa que nunca. Sus pa-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

dres son escandalosamente ancianos, eso está más que a la vista. No es extraño que no se enteren de que ya no tiene la editorial y de que la gente se acerca menos a él que antes.

—Yo hablaba del misterio —dice su padre.

Otra larga pausa.

—De la dimensión insondable.

Una hora después, ha dejado ya de llover. Se dispone a escapar de la encerrona en el entresuelo paterno cuando su madre le pregunta, casi inocentemente:

—¿Y ahora qué planes tienes?

Se queda callado, no esperaba la pregunta. No tiene ningún plan en perspectiva, ni una maldita invitación a algún congreso de editores; ninguna presentación de un libro en la que caerse muerto; ninguna otra teoría literaria para escribir en un cuarto de Lyon; nada, pero es que nada de nada.

—Ya veo que no tienes planes —dice su madre.

Golpeado en su amor propio, permite que Dublín acuda en su auxilio. Se acuerda del extraño y asombroso sueño que tuvo en el hospital cuando cayó gravemente enfermo hace dos años: un largo paseo por las calles de la capital irlandesa, ciudad en la que no ha estado nunca, pero que en el sueño conocía perfectamente, como si hubiera vivido allí otra vida. Nada le asombró tanto como la extraordinaria precisión de los múltiples detalles. ¿Eran detalles del Dublín real, o simplemente parecían verdaderos a causa de la intensidad inigualable del sueño? Cuando despertó, seguía sin saber nada de Dublín, pero tenía la extraña certeza absoluta de haber estado paseando por las calles de esa ciudad durante largo rato y le resultaba imposible olvidar el único momento difícil del sueño, aquel en el que la realidad se volvía extraña y conmovedora: el instante en el que su mujer descubría que él había vuelto a beber, allí, en un bar de Dublín. Se trataba de un momento duro, intenso como ningún otro dentro de aquel sueño. A la

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

salida del pub Coxwold, sorprendido por Celia en su indeseada nueva incursión alcohólica, se abrazaba conmovido a ella, y terminaban llorando los dos, sentados en el suelo de una acera de un callejón de Dublín. Lágrimas para la situación más desconsolada que hasta aquel día había vivido en un sueño.

—Dios mío, ¿por qué regresaste a la bebida? —decía Celia.

Momento duro, pero también raro, relacionado tal vez con el hecho de haberse recuperado del colapso físico y haber vuelto a nacer. Momento duro y extraño, como si hubiera un signo oculto y portador de algún mensaje detrás de aquel patético llanto de los dos. Momento singular por lo especialmente intensa que se volvía la intensidad misma del sueño en ese tramo —una intensidad que sólo había conocido anteriormente cuando en ciertas ocasiones, de un modo recurrente, había soñado que era feliz porque estaba en el centro del mundo, porque estaba en Nueva York— y porque de golpe, casi brutalmente, sentía que estaba ligado a Celia más allá de esta vida, un sentimiento intransmisible e indemostrable, pero tan fuerte y tan personal como verdadero. Momento que fue como una punzada, como si por primera vez en su vida sintiera que estaba vivo. Momento muy delicado, porque le pareció que contenía en sí mismo —como si el soplo de aquel sueño procediera de otra mente— un mensaje oculto que le situaba a un solo paso de una gran revelación.

—Mañana podríamos ir a Cork —le decía Celia.

Y ahí acababa todo. Como si la revelación les estuviera esperando en la ciudad portuaria de Cork, al sur de Irlanda.

¿Qué revelación?

Su madre carraspea impaciente al ver que está tan pensativo. Y Riba ahora teme que lea su pensamiento —siempre ha sospechado que, por tratarse de su madre, lo lee perfectamente— y descubra que su pobre hijo está predestinado a volver a entregarse a la bebida.

—Preparo un viaje a Dublín —dice Riba, ya sin darle más vueltas.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Hasta este preciso instante, habían sido más bien escasas, por no decir ninguna, las ocasiones en las que se le había pasado por la cabeza ir algún día a Dublín. No dominar el inglés le echó siempre atrás. Para los negocios, le bastó siempre con la feria de Frankfurt. A la feria de Londres enviaba a Gauger, el secretario, que resultó siempre providencial en los momentos en que el idioma inglés se hacía imprescindible. Pero tal vez ahora ha llegado el momento de que todo cambie. ¿Acaso no cambió para Gauger que, con los ahorros de su vida y con lo que sospecha Riba que le robó, se fue hace dos años a vivir a un gran hotel en la región de Tongariro, en Nueva Zelanda, donde le esperaba su hermanastra? Y, por cierto, ¿no era de Cork aquel joven amante que tuvo Celia antes de conocerle a él?

Su madre pregunta, con bello candor, qué va a hacer a Dublín. Y él le contesta lo primero que se le ocurre: que va el 16 de junio, a dar una conferencia. Sólo cuando ya ha contestado, repara en que en esa fecha se cumple precisamente el 61 aniversario de la boda de sus padres. Y, además, cae también en la cuenta de que el 61 y el 16 parecen las dos caras de un mismo número. El 16 de junio, por otra parte, es el día en que transcurre el *Ulysses* de Joyce, la novela dublinesa por excelencia y una de las cumbres de la era de la imprenta, de la galaxia Gutenberg, la galaxia cuyo ocaso le está tocando vivir de lleno.

—¿De qué va la conferencia? —pregunta su padre.

Breve titubeo.

—De la novela *Ulysses* de James Joyce y del paso de la constelación Gutenberg a la era digital —responde.

Ha sido lo primero que se le ha ocurrido. Después, hace una pausa, y luego, como si le hubiera sido dictado por una voz interior, añade:

—En realidad quieren que hable del fin de la era de la imprenta.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Largo silencio.

—¿Cierran las imprentas? —pregunta su madre.

Sus padres, que no tienen —que él sepa— ni la más remota idea de quién es Joyce y menos aún de qué clase de novela está detrás del título *Ulysses* y a los que, además, les coge desprevenidos el tema del fin de la era de la imprenta, le miran como si acabaran de confirmar que, aun siendo muy beneficioso para su salud, últimamente está muy raro a causa del estado de sobriedad permanente en el que anda sumido desde que hace dos años dejara tan radicalmente el alcohol. Intuye que sus padres están pensando eso y mucho se teme, además, que tengan al pensarlo su parte de razón, pues la sobriedad constante le afecta, para qué engañarse. Está demasiado conectado al pensamiento y a veces desconecta fatalmente unos segundos y da respuestas que debería haber pensado mejor, como la que sobre *Ulysses* y la galaxia Gutenberg acaba ahora mismo de darles.

Debería haberles contestado algo distinto. Pero, como decía Céline, «una vez dentro, hasta el cuello». Una vez ya ha anunciado que va a Dublín, va a seguir metiéndose en el enredo, hasta el cuello, hasta donde sea necesario. Irá a Dublín. Faltaría más. Se permitirá comprobar, además, si es real la extraordinaria precisión de los múltiples detalles de su extraño sueño. Si en Dublín viera, por ejemplo, que existe un portón negro y rojo en la entrada de un pub llamado Coxwold, eso no significará más que en Dublín lloró de verdad, en el suelo, con Celia, en una escena conmovedora. ¿Cuándo? Tal vez antes de haber estado nunca.

Irá a Dublín, capital de Irlanda, país del que no sabe demasiadas cosas, tan sólo que, si no le falla la memoria —lo mirará después en Google—, es un estado libre desde 1922, el año en el que precisamente —otra casualidad— nacieron sus padres. Sabe muy poco de Irlanda, aunque conoce buena parte de su literatura. W. B. Yeats, sin ir más lejos, es uno de sus poetas preferidos. 1922 es, además, el año en que se publicó *Ulysses*. Podría ir a celebrar los funerales de la galaxia Guten-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

berg a la catedral de Dublín, que es Saint Patrick, si no recuerda mal; allí, en aquel recinto sagrado, se volvió loco ya definitivamente Antonin Artaud cuando creyó que el bastón del santo era idéntico al que llevaba él.

Sus padres siguen mirándole como si pensaran que su estado de sobriedad tan constante le ha hecho extraviarse peligrosamente por los caminos del autismo; parecen estar recriminándole que se haya atrevido a hablarles de un tal Joyce sabiendo perfectamente que ellos no tienen ni idea de quién es ese señor.

Su padre se revuelve en su sillón y parece que va a protestar por algo, pero finalmente se limita a decir que le gustaría que le explicaran una cosa.

¿Otra vez? Parece que esté ahora autoparodiándose. ¿Será un rasgo de humor por su parte?

—¿El qué, padre? La tormenta ya se fue. ¿Qué más tenemos que explicarte? ¿La dimensión insondable?

Imperturbable, su padre continúa con lo que ha empezado y ahora quiere saber por qué han elegido precisamente a su hijo para disertar en Dublín sobre el ocaso de la constelación Gutenberg. Y, además, también quiere saber por qué su hijo no ha contado hasta el momento absolutamente nada de su viaje a Lyon. ¿No será que no ha ido allí y quiere ocultárselo a sus padres? Están acostumbrados a que les cuente sus viajes y su conducta de hoy es alarmantemente anómala.

—Puede, no sé, que tengas una amante y no hayas ido a Lyon con ella, sino al Tibidabo. Últimamente hay algunas cosas que haces muy mal, y yo como padre me veo en la obligación de advertírtelo —dice.

Está a punto Riba de contarle que a Lyon fue simplemente a celebrar un funeral por todas las teorías literarias que aún quedan en el mundo, incluida la que fue capaz de urdir él mismo allí en un hotel. Le gustaría poder decirle una cosa así, porque no le han hecho gracia estas últimas palabras paternas. Pero se contiene, se reprime. Se pone en pie, inicia la ceremonia de

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

despedirse. Después de todo, ya no llueve. Y además sabe que cuando le riñen, suele ser un truco para simplemente retenerle un tiempo más en la casa. No puede continuar un minuto más ahí. Se da cuenta de que a veces permite demasiado que su padre controle su vida. No haber tenido descendencia y ser, además, hijo único ha podido contribuir a alargar esa situación de rara sumisión infantil, pero todo tiene un límite. Antaño, con su padre, tenían grandes peleas. Después, llegó la paz. Pero cree descubrir en él, en ocasiones como ésta, cierta nostalgia de aquellos tiempos de las grandes discusiones, los fuertes enfrentamientos. Como si a su padre el combate cuerpo a cuerpo le divirtiera más que este remanso actual de paz y buen entendimiento. Es más, es posible que a su anciano padre discutir le haga sentirse mejor, e inconscientemente busque el enfrentamiento.

Aunque es un sentimiento reciente, adora de alguna forma a su padre. Su inteligencia, su bondad secreta, sus desaprovechadas dotes para la escritura. Le habría gustado editarle una novela. Adora a ese hombre, siempre tan autoritario y tan afincado en su papel de padre decimonónico, que ha creado en su hijo la necesidad de ser un subordinado, de ser una persona obediente que muchas veces hasta acaba agradeciéndole que tenga la intención de dirigir sus pasos.

—¿De verdad que no quieres contar nada de Lyon? Es muy raro, hijo, muy raro —dice su madre.

Parecen empeñados en retenerle con futilidades el máximo tiempo posible, como si quisieran impedir que se fuera a su casa, tal vez porque en el fondo siempre han pensado que, por mucho que se haya casado y sea un editor muy respetado y tenga ya casi sesenta años, él continúa en pantalones cortos aquí.

Marco Polo se va, piensa en decirles. Pero calla, sabe que sería peor. Su padre le mira con rabia. Su madre le reprocha que haya estropeado una costumbre tan sólidamente asen-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

tada como la de contarles su último viaje. Le acompañan a la puerta, pero sin dar facilidades para que avance hacia la salida, casi se la taponan con sus cuerpos. Ya eres mayor, le dice su padre, y no se comprende que quieras ir a Dublín sólo para ver a ese amigo tuyo de la familia Ulises.

¡La familia Ulises! Ha de suponer que es una nota más de humor o ironía paterna de última hora. Llama al ascensor, que como siempre tarda en llegar a pesar de que sólo ha de subir un piso. No han querido aceptar nunca sus padres que, dada la poca distancia con la portería, pudiera él bajar a pie algún día, y no ha querido él, por su parte, ser el desaprensivo que rompiera la sagrada tradición de irse siempre en el aparatoso, antes tan lujoso, ascensor de toda la vida.

En el ínterin, le pregunta a su padre con sorna infantil si es que le disgusta que tenga un amigo. Y le recuerda que de niño no le dejaba tenerlos, se mostraba siempre celoso de ellos. Exagera, pero tiene cierto sentido hacerlo. ¿Acaso no exagera también su padre? ¿Acaso, en su fuero más íntimo, no está su padre queriendo prohibirle que vaya a Dublín? Se rebela así contra él, contra sus secretos deseos de impedirle ir a Irlanda. Pero actúa en el fondo como lo haría un hijo pequeño, incapaz de maltratar seriamente al padre, y ya no digamos de asesinarlo, como cree recordar que recomendaba encarecidamente Freud.

Por mucha tendencia o vocación de esperador que tenga, y por mucha fibra heroica que habite en él, la espera de la llegada del ascensor se le hace infinita. Finalmente llega el viejo armatoste, vuelve de nuevo a despedirse de sus padres, entra en el ascensor, pulsa un botón, desciende. Grandísimo alivio, respira hondo. El descenso a la portería es, como siempre, muy lento, el ascensor está muy viejo. Mientras baja, cree dejar atrás toda la épica del patio familiar de ese entresuelo de la calle Aribau, donde de niño jugaba al fútbol, siempre eternamente solo. Luego ese patio sería un día el centro de su sueño más feliz, el sueño ligado a Nueva York.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Ya en la calle Aribau, mientras entra en un taxi, descubre que no tardará en llover. Había pensado que tras la gran tormenta remitiría la lluvia. ¿Y si lo comenta con el taxista? Espera que no sea como un taxista portugués, algo *shakespeariano*, que encontró en Lyon, el más teatral de todos los taxistas del mundo.

—Va a caer todavía más lluvia.

Por un momento, teme que el taxista le conteste como un personaje de *Macbeth* y le dé la famosa réplica:

—Déjala que caiga.

Pero no siempre —por no decir nunca— encuentra uno en Barcelona taxistas que hablen como personajes de Shakespeare.

—Ni que lo diga —contesta el hombre.

Encuentra en el taxi tiempo por fin para hojear el periódico del día, y da con unas declaraciones de Claudio Magris a propósito de *El infinito viajar*, su último libro. Simpatiza con todo lo de Magris. Le publicó, en tiempo ya casi inmemorial, *El anillo de Clarisse.* Y desde entonces mantiene con él una buena amistad.

El taxi se desliza por las calles de una Barcelona de luz sucia y que parece exánime después de la tormenta. Siempre teme absurdamente que los taxistas, viéndole parapetado tras el periódico, se hagan una falsa idea de él y piensen —es probable que se trate de un sentimiento muy infantil— que a pesar de haber ya hablado del tiempo no está ni mínimamente interesado por ellos y por lo que puedan contarle de sus penosas vidas. No sabe si hundirse en el periódico y leer las declaraciones de Magris o hablarle al taxista y preguntarle algo bien raro: por ejemplo, si ha paseado ya hoy por el bosque, o ha jugado al *backgammon*, o ha visto mucha televisión.

Este temor a que los taxistas le imaginen tan indiferente a ellos consigue a veces hacerle hojear el periódico muy furtivamente, pero ése no es el caso de hoy, pues acaba de decidir que nada ni nadie va a ser capaz de apartarle de Claudio Ma-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

gris, que habla —una doble coincidencia muy llamativa— de *Ulysses* y de Joyce y de lo que precisamente está él haciendo ahora: volver a casa.

Le parece que ha de leer esta reaparición de *Ulysses* como un nada desdeñable mensaje cifrado. Como si fuerzas secretas —una de ellas el propio Magris con sus declaraciones— le estuvieran empujando cada vez más hacia Dublín. Levanta la cabeza, mira por la ventanilla, acaba el taxi de dejar la calle Aribau y está enfilando la Vía Augusta. A la altura de la avenida Príncipe de Asturias con Rambla de Prat, ve en una esquina a un joven que lleva una chaqueta Nehru color azul eléctrico. Se parece bastante al que vio antes bajo la lluvia delante de la casa de sus padres. Ya es casualidad dos chaquetas Nehru en tan poco tiempo.

Ve al joven sólo fugazmente, porque éste, casi de inmediato, como si temiera haber sido descubierto, dobla la esquina y se volatiliza con una asombrosa velocidad.

Es raro, piensa, se ha esfumado incluso hasta demasiado rápido. Aunque tampoco tan raro, ya está acostumbrado a ciertas cosas. Sabe que a veces aparecen personas que uno no se espera para nada.

Vuelve a la lectura del periódico, quiere concentrarse en la entrevista con Magris, pero acaba llamando a Celia por el móvil para avisarle de que ya está regresando a casa. Le tranquiliza el breve diálogo. Cuando cuelga, piensa que podría haberle contado que ha visto dos chaquetas estilo Nehru en muy poco tiempo. Pero no, tal vez ha sido mejor limitarse a decir que vuelve a casa.

Regresa a las noticias del periódico y lee que Claudio Magris opina que ese viaje circular de un pletórico Ulises que regresa a casa —el viaje tradicional, clásico, edípico y conservador de Joyce— ha sido sustituido a mediados del siglo XX por el viaje rectilíneo: una especie de peregrinaje, de viaje que procede siempre hacia delante, hacia un punto imposible del infinito, como una recta que avanza titubeando en la nada.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Podría ahora él verse como un viajero rectilíneo, pero no quiere plantearse muchos problemas, y decide que su viaje por la vida es tradicional, clásico, edípico y conservador. ¿O acaso no está volviendo en taxi a casa? ¿O acaso no va a casa de sus padres siempre que regresa de un viaje y, encima, los visita sin falta todos los miércoles? ¿O acaso no está preparando un viaje a Dublín y al centro mismo de *Ulysses* para días después, bonachonamente, regresar a Barcelona a su casa y a la casa de sus padres y contarles el viaje? Es casi innegable que lleva una vida en la más pura ortodoxia del viaje circular.

—¿Pasada la calle Verdi me ha dicho? —pregunta el taxista.

—Sí. Ya le aviso.

Cuando por fin entra en casa, saluda a su mujer, le da un beso. Sonríe feliz, como un bendito. Se conocen o se aman desde hace treinta años y, salvo en momentos muy críticos —como durante la última escalada de alcohol de hace dos años que desembocó en el colapso físico—, no se han cansado demasiado de vivir juntos. Le cuenta enseguida que su padre ha tenido un achaque melancólico y ha pedido que le explicaran el misterio de la dimensión.

Qué dimensión, pregunta ella. Era previsible que lo preguntara. Pues nada menos que la dimensión insondable, le contesta. Se miran, y aparece también una corriente de misterio entre ellos. ¿El misterio del que hablaba su padre? No puede evitar que su atención se desvíe hacia otras preguntas. ¿No hay en el fondo una dimensión insondable entre él y ella?

«Sin preguntar quién eras, / me enamoré. / Y seas tú quien seas, / siempre te querré», dice la ridícula letra naif de una canción de Les Surfs que sonaba cuando se conocieron, y enamoraron. Celia era entonces lo más similar a Catherine Deneuve que había visto en la vida. Hasta las gabardinas que llevaba y que la emputecían recordaban a las de Deneuve en *Les parapluies de Cherbourg*.

Y qué sabemos acerca de nosotros mismos, se pregunta. Cada día menos, porque encima Celia estudia, de un tiempo

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

a esta parte, la posibilidad de hacerse budista; lleva unos meses contemplando esa *dulce eventualidad*, como la llama. Está ya casi convencida de que el potencial de alcanzar el Nirvana se encuentra en ella misma, y considera que está próxima a ver, con claridad y convicción, la verdadera naturaleza de la existencia y de la vida. A él no se le escapa que ese budismo en el horizonte puede terminar siendo un gran problema, del mismo modo que lo fue hace dos años aquella escalada de alcohol que llevó a Celia a plantearse seriamente dejarle. De hecho, él está amenazado con quedarse solo si tiene un día la ocurrencia de volver a maltratarse con la bebida.

Se han quedado inmóviles los dos ahora, como si a ambos les preocuparan las cuatro mismas cuestiones, y eso les hubiera paralizado. La vida, el alcohol, el budismo, y sobre todo el desconocimiento que tienen el uno del otro.

Se han quedado los dos atenazados por un frío inesperado, como si de repente hubieran caído en la cuenta de que en el fondo son unos desconocidos el uno para el otro, y también para ellos mismos, aunque ella —bien que lo sabe él— confía en que el budismo pueda echarle una mano y le permita dar un paso espiritual adelante.

Sonríen nerviosos, buscan restarle tensión al momento raro. Tal vez él la ame con tanto delirio porque ella es una persona sobre la que no acaba de saberlo nunca todo. Siempre le fascinó, por ejemplo, que Celia fuera una de esas mujeres que no acaban de cerrar nunca del todo los grifos. Han sido los grifos abiertos una constante en su matrimonio, del mismo modo que —si la comparación es posible— también lo han sido sus problemas con el alcohol.

Cree que siempre ha combinado inmejorablemente bien esa relativa ignorancia sobre Celia con su completa ignorancia sobre sí mismo. Como comentó una vez en *La Vanguardia*: «No me conozco. Mi catálogo editorial parece haber ocultado ya para siempre a la persona que está detrás de los libros que fui publicando. Mi biografía es mi catálogo. Pero falta el

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

hombre que estaba ahí antes de que me decidiera a ser editor. Falto yo en definitiva».

—¿En qué piensas? —le pregunta Celia.

Le molesta haber sido interrumpido y reacciona de forma rara y le dice que estaba pensando en la mesa del comedor y en las sillas del recibidor, que son perfectamente reales, y en la cesta de fruta que perteneció a su abuela, pero que, aun así, está también pensando que cualquier loco podría entrar por la puerta en algún momento y opinar que las cosas no están tan claras.

Enseguida queda consternado, pues se da cuenta de que lo ha complicado todo innecesariamente. Su mujer está ahora indignada.

—¿Qué sillas? —dice Celia—. ¿Qué recibidor? ¿Y qué loco? Seguro que me ocultas algo. Vuelvo a preguntarte. ¿En qué piensas? ¿No habrás vuelto a beber?

—Pienso en mi catálogo —dice Riba, y baja la cabeza.

Desde que dejó de beber, apenas hay peleas matrimoniales con Celia. Eso ha sido un grandísimo avance en sus relaciones. Antes, eran combates duros, y no ha querido excluir nunca la idea de que fuera él, con su maldito alcohol, siempre el culpable. Cuando las peleas eran más fuertes, Celia solía meter unas cuantas cosas en su maleta, que luego sacaba al rellano. Después, si le entraba sueño, ella se iba a la cama, pero la maleta la dejaba afuera. De este modo, los vecinos siempre sabían cuándo se habían peleado: la maleta reflejaba lo sucedido la noche anterior. Poco antes de que él tuviera el colapso físico, Celia lo abandonó de verdad y estuvo dos noches fuera de casa. De no haber tenido los problemas de salud y haberse visto obligado a dejar la bebida, es más que probable que hubiera terminado por perder a su mujer.

Le cuenta de golpe a ella que en junio, el día 16, piensa ir a Dublín.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Le habla del aniversario de boda de sus padres y también del *Ulysses* de Joyce, y finalmente del sueño premonitorio, en especial de la borrachera a la salida de un pub llamado Coxwold y del llanto desconsolado y emocionante de los dos, sentados en el suelo, al fondo de un callejón irlandés.

Son demasiados asuntos en tan poco tiempo. Acaba, además, teniendo la sensación de que Celia está a un paso de decirle que la ausencia de alcohol en su vida y el aislamiento cotidiano de catorce horas en el ordenador le han calmado y son sin duda una bendición, pero le están dejando cada día más autista. O, por decirlo con mayor precisión, más *hikikomori*.

—¿A Dublín? —pregunta sorprendida—. ¿Y qué vas a hacer ahí? ¿Volver a la bebida?

—Pero Celia —hace un gesto como si se armara de paciencia—, el Coxwold sólo es el bar de un sueño.

—Y, si no he entendido mal, también el lugar de una premonición, querido.

Le interesa a Riba desde hace días todo lo que gira en torno al tema de los *hikikomori*, que son autistas informáticos, jóvenes japoneses que para evitar la presión exterior reaccionan con un completo retraimiento social. De hecho, la palabra japonesa *hikikomori* significa *aislamiento*. Se encierran en una habitación de la casa de sus padres durante periodos de tiempo prolongados, generalmente años. Sienten tristeza y apenas tienen amigos, y la gran mayoría duermen o se tumban a lo largo del día, y ven la televisión o se concentran en el ordenador durante la noche. Le interesa mucho a Riba el tema porque desde que dejó la editorial y el alcohol, se está replegando en sí mismo y convirtiendo, en efecto, en un misántropo japonés, un *hikikomori*.

—Voy a Dublín a un funeral por la era de la imprenta, por la era dorada de Gutenberg —le dice a Celia.

No sabe cómo ha sido, pero le ha salido de dentro. Ella le mira como si quisiera atravesarle con los ojos. Silencio. Inquietud. Rectifica antes de que ella se ponga a gritar.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

—Entiéndase bien. El funeral, siempre demorado, de la literatura como arte en peligro. Aunque en realidad la pregunta sería: ¿qué peligro?

Nota que él mismo se ha metido en un lío.

—Te comprendería muy bien —prosigue— si me preguntaras qué peligro. Porque de hecho lo que más me interesa de ese peligro es el matiz literario que tiene.

Cree que será ahora cuando su mujer libere su alma airada, y ocurre lo contrario, pues comienza a llegarle una impresión de repente cálida, de cierta intensidad amorosa. Pero es también como si Celia se hubiera apiadado de él. ¿Será así? ¿O tal vez se ha apiadado de la era dorada de Gutenberg, que para el caso quizá sea lo mismo? ¿O es que simpatiza con el peligro, visto desde el punto de vista literario?

Celia le mira, le sonríe, le pregunta si, a pesar de los días que han pasado, se acuerda de que le había pedido que alquilara la única película de David Cronenberg que le falta por ver. Le enseña el DVD de *Spider*, la película recién alquilada, y propone cariñosamente que la vean antes de la cena.

En efecto, le gusta Cronenberg, uno de los últimos directores que le quedan al cine. Pero le parece todo algo extraño, porque nunca pidió ver esa película en casa. Da una ojeada al DVD y lee que el film trata de «la incomunicación de un solitario con un mundo inhóspito».

—¿Soy yo? —pregunta.

Celia ni contesta.

El joven Spider es el último en descender de un tren en la primera secuencia de la película, y enseguida puede verse que es diferente a los demás pasajeros. Algo parece haber nublado seriamente su cerebro, se trastabilla al bajar con su pequeña y rara maleta. Es guapo, pero tiene todo el aspecto de ser un gran perturbado, tal vez un solitario en pleno momento de incomunicación con un mundo inhóspito.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.